

meditación, la soledad y el mundo. Sé, pues, feliz, Fernando, y sabe que mi abdicación no lleva pensamiento alguno oculto, y que no va seguido de ningún pesar como el de Carlos V, ni de ningún deseo de reanudar la partida como Napoleón. Cinco noches y cinco días han pasado desde que he hecho mi testamento, y mi imaginación los ha convertido ya en cinco siglos. Las grandezas, los títulos y los bienes son hoy para mí como si nunca hubieran existido. En estos momentos en que la barrera del respeto que nos separa ha caído, ya puedo, hijo querido, dejarte leer en mi corazón. Este corazón, que la gravedad cubre con armazón impenetrable, está lleno de tormenturas y de sacrificios inútiles; pero ninguna mujer lo ha adivinado, ninguna, ni siquiera aquélla para quien estaba destinado desde la cuna. Ahí está el secreto de mi ardiente vida política. A falta de novia, adoré á España; y ¡también España se me ha escapado! Ahora que ya no soy nada, puedo contemplar al *yo* destruido, y preguntarme para qué recibí la vida y cuándo la perderé. ¿Por qué la raza caballeresca por excelencia ha dotado á su último retoño de sus primeras virtudes, de su amor africano y de su calurosa poesía? ¿Puede la semilla conservar su arrugada envoltura sin echar tallo, sin extender sus orientales perfumes desde lo alto de un radiante cáliz? ¿Qué crimen he cometido antes de nacer para no haber inspirado amor á nadie? ¿Era yo, pues, desde mi nacimiento, un viejo despojo destinado á perderme en un árido arenal? Vuelvo á encontrar en mi alma los desiertos paternos, iluminados por un sol que los quemó sin dejar que nada crezca en ellos. Muéstrate siempre orgulloso de una raza caída, de una fuerza inútil, de un amor perdido, viejo joven, que yo esperaré donde estoy, mejor que en parte alguna, el último favor de la muerte. ¡Ay de mí! bajo este cielo brumoso, ninguna chispa reanuda la llama sumida en las cenizas. Podré decir, pues, por última palabra, como Jesucristo: *¡Dios mío, me has abandonado!* terribles palabras que nadie se ha atrevido á sonar.

Juzga, Fernando, cuán feliz soy al ver que revivo en ti y en María. En lo sucesivo, os contemplaré con el orgullo de un creador satisfecho de su obra. Amaos mucho y siempre, y no me deis disgustos: una tormenta entre vosotros me haría más daño que á vosotros mismos. Nuestra madre había presentado que los acontecimientos colmarían algún día sus esperanzas. Acaso el deseo de una madre sea un contrato suscrito entre ella y Dios. Por otra parte, ¿no era ella uno de esos seres mis-

teriosos que podía comunicarse con el cielo y tener una visión del porvenir? ¡Cuántas veces no he leído en las arrugas de su frente que deseaba para Fernando los honores y los bienes de Felipe! Yo se lo decía, y ella me contestaba con dos lágrimas y me mostraba las llagas de un corazón que á ambos nos pertenecía por entero, pero que un invencible amor te daba á ti solo. Así es que su jovial sombra se cernerá sobre vuestras cabezas cuando os inclinéis ante el altar. Doña Clara ¿vendrá usted por fin á acariciar á su Felipe? Ya lo ve usted; cede á su muy amado hasta la joven que usted empujaba con pesar hacia mis brazos. Lo que hago es grato á las mujeres, á los muertos, al rey. Dios lo quería, y debes, pues, cumplirlo todo, Fernando: obedece y calla.

*P. D.*—Recomienda á Urraca que no me llame más que señor Henarez. No digas una palabra de mí á María. Tú debes ser el único que sepa los secretos del último moro cristianizado, en cuyas venas se extinguirá la sangre de la gran familia nacida en el desierto, que va á acabar sus días en la soledad. Adiós.

## VII

## Luisa de Chaulieu á Renato de Maucombe

Enero, 1824.

¡Cómo! ¿tan pronto vas á casarte? Pero ¿se toma marido de ese modo? Al cabo de un mes te prometes á un hombre sin conocerlo y sin saber nada de él. Este hombre puede ser sordo (¡los hay de tantas maneras!), aburrido, enfermizo, insoportable. ¿No ves, Renato, lo que quieren hacer contigo? Les eres necesaria para continuar la gloriosa casa de la Estorade, y eso es todo. Te vas á convertir en una provinciana. ¿Son esas nuestras promesas mutuas? En tu lugar, preferiría irme á pasear en caique á las islas de Hyeres, hasta que un corsario argelino me robase y me vendiese al Gran Señor; llegaría así á ser sultana y pondría el serrallo en revolución mientras fuese joven y cuando fuese vieja. ¡Sales de un convento para entrar

en otro! Te conozco: eres cobarde, y vuelves al hogar con la sumisión de un cordero. Yo te aconsejaría que vinieses á París, donde juntas haríamos rabiarse á los hombres y nos convertiríamos en reinas. Hermosa corcita mía, dentro de tres años tu marido puede ser diputado. Ahora ya sé lo que es un diputado y te lo explicaré; tú desempeñarás aquí muy bien tu papel, podrás vivir en París y llegar á ser, como dice mi madre, una mujer á la moda. ¡Oh! te aseguro que no te he de permitir que te quedes en tu bastida.

Lunes.

Querida mía: Hace ya quince días que hago la vida mundana de París; una noche á los Italianos, otra á la gran Ópera y de aquí siempre al baile. ¡Ah! el mundo es una hechicería. La música de los Italianos me maravilla, y, mientras que mi alma goza de este placer divino, multitud de anteojos se dirigen á mí para contemplarme y admirarme; pero, con una sola mirada mía, hago bajar los ojos al joven más atrevido. He visto multitud de jóvenes encantadores y, sin embargo, puedo asegurarte que ninguno me agrada, ninguno me causa la emoción que experimento oyendo á García en su magnífico dúo con Pellegrini en *Otello*. ¡Dios mío! ¡cuán celoso debe ser Rossini cuando tan bien ha expresado los celos! ¡Qué grito aquel de *Il mio cor si divide!* Como no has oído á García, ya sé que te hablo en griego, pero tú no ignoras lo celosa que soy. ¡Qué triste dramaturgo es Shakspeare! *Otello* se llena de gloria, alcanza victorias, ordena y se pasea dejando á Desdémona en un rincón; y Desdémona, que ve que prefiere á ella las estupideces de la vida pública ¿no se enfada? Esta oveja merece la muerte. ¡Que aquel á quien yo me digno amar cuide mucho de no hacer otra cosa más que amarme! Soy partidaria de las largas pruebas de la antigua caballería, considero como impertinente y estúpido á aquel fanfarrón señor que tomó á mal el que su soberana le enviase á buscar su guante en medio de los leones; sin duda le reservaba ella alguna hermosa flor de amor, y el insolente la perdió después de haberla merecido. ¡Pero estoy charlando como si no tuviera grandes noticias que comunicar! Mi padre es muy probable que vaya á representar al rey nuestro amo á Madrid; digo nuestro amo, porque es casi seguro que yo he de formar parte de la emba-

jada. Mi madre desea permanecer aquí y papá me llevará consigo para tener una mujer á su lado.

Querida mía, tú no ves en esto nada de particular, y sin embargo, encierra cosas monstruosas; en quince días he descubierto los secretos de la casa. Mi madre iría con mi padre á Madrid, si éste quisiera tomar al señor de Canalis en calidad de secretario de la embajada; pero el rey designa los secretarios, y el duque no se atreve á contrariar al rey, que es muy absolutista, ni á disgustar á mi madre; y este gran político cree haber vencido todas las dificultades dejando aquí á la duquesa. El señor Canalis, el gran poeta del día, es el joven que cultiva la sociedad de mi madre, y que sin duda estudia con ella la diplomacia desde las tres hasta las cinco. Cosa muy hermosa debe ser la diplomacia, porque es asiduo como un jugador á la Bolsa. El señor duque de Rethoré, nuestro hermano mayor, solemne, frío y fantástico, quedaría obscurecido por su padre en Madrid, y permanece en París. Por otra parte, miss Griffith dice que Alfonso ama á una bailarina de la Ópera. Pero ¿es posible que haya quien se enamore de las piernas y de las piruetas? Hemos observado que mi hermano asiste á las representaciones cuando baila Teullia, que aplaude el baile de esta criatura y que sale después. Creo yo que dos muchachas en una casa hacen en ella más estragos de los que pudiera hacer la peste. Respecto á mi segundo hermano, está en su regimiento y aun no he podido verlo. He aquí, pues, cómo estoy destinada á ser la Antígona (1) de un embajador de Su Majestad. Acaso me case en España, y acaso tenga mi padre el pensamiento de casarme allí sin dote, como te han casado á ti con ese resto de antiguo guardia de honor. Mi padre me ha propuesto que le acompañe, y ha puesto á mi disposición su profesor de español.

—¿Quiere usted hacer que me case en España?—le dije.

Por toda respuesta, me honró con una astuta mirada. Hace algunos días que se complace en acariciarme al almorzar, y me estudia. Yo disimulo; de modo que, como padre y como embajador, lo tengo cruelmente engañado. ¿No me tomaba por una tonta? Me preguntaba lo que pensaba de tal joven y de algunas señoritas con las que me encontró ya varias veces

(1) Antígona, hija de Edipo y de Yocasia, fué, según la fábula, modelo de piedad filial, y sirvió de guía á su padre ciego y desterrado.—(N. del T.)

en distintas casas. Le respondí haciendo una estúpida descripción del color de sus cabellos, de la diferencia de estaturas y de la fisonomía de los jóvenes. Mi padre pareció desconcertado al ver que era tan necia, y, en su interior, sintió el haberme interrogado.

—Papá, no crea usted que le digo lo que pienso realmente, porque mi madre no hace mucho que me aconsejó la conveniencia de ser muy circunspecta cuando tratase de comunicarme mis impresiones.

—En familia, puede usted explicarse sin temor—respondió mi madre.

—Pues bien—repuse,—hasta ahora me han parecido los jóvenes más interesados que interesantes, y que se ocupan más de ellos que de nosotras; pero, á decir verdad, son muy poco disimulados; cambian en seguida la fisonomía que han adoptado para hablarnos, y se imaginan sin duda que nosotras no sabemos serviros de los ojos. El hombre que nos habla es el amante, el que no nos habla nunca es el marido. Respecto á las jóvenes, son tan falsas, que es imposible adivinar su carácter á no ser por el de su danza, y su talle y sus movimientos son los únicos que no mienten nunca. Me ha asustado, sobre todo, la brutalidad del gran mundo. Cuando se trata de comer, ocurren cosas que me han dado una idea de lo que deben ser las sediciones populares. La urbanidad oculta muy imperfectamente el egoísmo general. Yo me figuraba el mundo de otro modo. A las mujeres se las considera en él muy poco, siendo esto, sin duda, un resto de las doctrinas de Bonaparte.

—Armanda hace asombrosos progresos—dijo mi madre.

—Madre mía ¿cree usted que voy á preguntarle siempre si ha muerto la señora de Staël?

Mi padre se sonrió y se levantó.

Sábado.

Querida mía: Aun no te lo he dicho todo. He aquí lo que me reservaba. El amor que nosotras nos imaginábamos debe estar profundamente oculto, porque no he visto huellas de él en ninguna parte. He sorprendido algunas miradas rápidamente cambiadas en los salones; ¡pero qué palidez! Nuestro amor, ese mundo de maravillas, de hermosos sueños, de realidades deliciosas y de dolores participados, esas sonrisas que cantan, esas palabras que maravillan, esa dicha siempre

dada y siempre recibida, esas tristezas causadas por el alejamiento y esas alegrías que prodiga la presencia del ser amado... de todo esto, nada. ¿Dónde nacen todas esas espléndidas flores del alma? ¿Quién miente? ¿nosotras ó el mundo? He visto muchos jóvenes, centenares de hombres, y ninguno me ha causado la menor emoción; aunque me hubieran dado muestras de admiración y de amor, aunque se pegaran unos con otros por mí, creo que lo miraría todo insensiblemente. El amor, querida mía, es un fenómeno tan raro, que se puede pasar toda la vida sin encontrar el ser á quien la naturaleza ha dado el poder de hacernos feliz. Esta reflexión me hace temblar, porque ¿qué te parece si ese ser se encuentra tarde?

Hace algunos días que empiezo á asustarme de nuestro destino y á comprender por qué tantas mujeres tienen el rostro apenado bajo la capa de colorete que colocan en él para asistir á los falsos goces de una fiesta. Sé casan al azar y veo que tú también te casas de ese modo. Avalanchas de pensamientos han pasado por mi alma. ¿Ser amada todos los días del mismo modo, y, sin embargo, con variedad, ser amada lo mismo que el primer día después de diez años de dicha! Un amor semejante exige muchos años; es preciso haberse dejado desear durante mucho tiempo, haber despertado muchas curiosidades y satisfacerlas, haber excitado muchas simpatías y responder á ellas. ¿Existen acaso leyes para las creaciones del corazón, del mismo modo que existen para las creaciones de la naturaleza? ¿Sostiénese con algo el júbilo? ¿En qué proporción tiene que mezclar el amor sus lágrimas y sus placeres? Las frías combinaciones de la vida fúnebre, igual y permanente del convento, llegan á parecerme posibles, mientras que las riquezas, las magnificencias, los llantos, las delicias, las fiestas, las alegrías y los placeres del amor igual, mutuo y permitido, me han parecido imposibles. En esta ciudad no veo sitio á propósito para las dulzuras del amor, para sus santos paseos bajo los verdes árboles, á la claridad de la luna llena cuando ésta hace brillar las aguas. Rica, joven y hermosa, no tengo más porvenir que amar, y el amor puede llegar á ser mi vida y mi única ocupación; pero, después de tres meses que voy y vengo con una impaciente curiosidad, no he encontrado nada de esto en medio de esas miradas ambiciosas, ávidas y radiantes. Ninguna voz me ha emocionado, ninguna mirada me ha descubierto ese mundo que entreveo. La música ha sido lo único que ha llenado mi alma y que ha sido para mí lo que

es nuestra amistad. Algunas veces, por la noche, he permanecido más de una hora á mi ventana contemplando el jardín, llamando á los acontecimientos y pidiéndoselos al manantial desconocido de donde brotan. Otras veces, he salido á pasear en coche, y eché pie á tierra en los Campos Elíseos imaginándome que un hombre, el que ha de despertar mi alma adormecida, iba á seguirme y á mirarme; pero esos días no he visto más que saltimbanquis, comerciantes ambulantes, callejeros, transeuntes que iban con prisa para sus negocios, ó enamorados que evitaban todas las miradas y á quienes estuve tentada á detener para preguntarles: «Usted que es feliz, dígame ¿qué es el amor?» Pero abandoné estos locos pensamientos, volví á subir á mi coche y me prometí permanecer siempre soltera. Indudablemente, el amor es una encarnación ¡y cuántas condiciones tienen que concurrir para que tenga lugar! Si nosotras no estamos seguras de estar siempre de acuerdo con nosotras mismas, ¿qué ocurrirá con otro? Sólo Dios puede resolver este problema. Empiezo á creer que volveré á entrar en el convento. Si sigo en el mundo, haré en él cosas que parecerán tonterías, porque me es imposible aceptar lo que veo. Todo viene á herir mi delicadeza, las costumbres de mi alma ó mis secretos pensamientos. ¡Ah! mi madre es la mujer más feliz del mundo, porque se ve adorada por su gran Canalis. Ángel mío, me dan terribles ganas de saber lo que pasa entre mi madre y ese joven. Según me dice Griffith, ella tuvo también todas estas ideas, sintió deseos de arañar á las mujeres que veía felices y las ha denigrado y escarnecido. Según ella, la virtud consiste en enterrar todos estos arranques en el fondo de nuestro corazón. Pero ¿qué es, pues, el fondo del corazón? Un depósito de todo lo que tenemos de malo. Me siento humillada por no haber encontrado adorador. Es verdad que soy una muchacha casadera, pero tengo hermanos, una familia y padres quisquillosos. ¡Ah! ¡si fuese esta la razón de la necedad de los hombres, serían bien cobardes! El papel de Jimena, en el *Cid*, y el del *Cid*, me encantan. ¡Qué admirable obra teatral! Vaya, adiós.

## La misma á la misma

Enero.

Tenemos por profesor de español á un pobre refugiado que ha tenido que ocultarse por haberse comprometido en la revolución que el duque de Angulema fué á sofocar, éxito al que hemos debido algunas fiestas. Aunque liberal y sin duda plebeyo, este hombre ha logrado interesarme, y me lo figuro condenado á muerte. Le hago hablar para descubrir su secreto, pero está dotado de una discreción castellana, es orgulloso como si fuese Gonzalo de Córdoba, y sin embargo posee una dulzura y una paciencia angelicales. Su orgullo no se parece al de miss Griffith, es interior; se hace respetar, respetándonos, y nos separa de él para demostrarnos la consideración en que nos tiene. Mi padre tiene la preocupación de que hay mucho de gran señor en el señor de Henarez, al cual llama él, por broma, don Henarez. Hace algunos días, cuando yo me permití llamarle de este modo, este hombre fijó en mí sus ojos, que mantiene bajos ordinariamente, y me lanzó una mirada que me azoró mucho. Nena mía, á decir verdad, tiene unos ojos hermosísimos. Le pregunté si le había faltado en algo, y entonces me dijo en su sublime y grandiosa lengua española:

—Señorita, yo sólo vengo aquí para enseñarle español.

Me sentí humillada y me puse encarnada como una grana; iba á replicarle con alguna graciosa impertinencia, cuando me acordé de lo que nos decía nuestra querida directora, y entonces le respondí:

—Si tiene usted que reprenderme en algo, tenga la seguridad de que me mostraré por ello agradecida.

Se estremeció, la sangre coloreó su tez vercosa y me respondió con voz un tanto emocionada:

—La religión ha debido enseñar á usted á respetar los grandes infortunios mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Si yo fuese *don* en España y lo hubiese perdido todo á causa del triunfo de Fernando VII, su broma sería una crueldad; pero,

si no soy más que un pobre maestro de lenguas ¿no es el dicho de usted una burla atroz? Ni una ni otro son dignos de una joven noble.

Yo le cogí la mano diciéndole:

—Ya que usted invoca la religión, hágolo también para rogarle que olvide mi falta.

Inclinó la cabeza, abrió mi *Don Quijote* y se sentó. Este pequeño incidente me causó más turbación que todos los galanteos, miradas y frases que recogí durante la velada en que más me adularon. Durante la lección, contemplaba atentamente á este hombre, que se deja contemplar sin saberlo, porque nunca fija en mí los ojos; y observé que nuestro profesor á quién echábamos cuarenta años lo menos, es joven aún y no debe tener más de veintisiete ó veintiocho. Mi aya me ha hecho observar la belleza de sus cabellos negros y la de sus dientes, que son como perlas. Respecto á sus ojos, son á la vez terciopelo y fuego. Esto es todo. Por lo demás, es pequeño y feo. Siempre había oído decir que los españoles eran poco limpios; pero éste es extraordinariamente pulcro, y sus manos son más blancas que su cara; es un poco cargado de espaldas, su cabeza es enorme y de forma extraña, y su fealdad, que no deja de tener cierta gracia, está aumentada por los señales de la viruela, que le han agujereado el rostro; su frente es prominente, y sus cejas unidas y muy pobladas le dan cierto aspecto duro que infunde respeto. Tiene la cara enfermiza que distingue á los muchachos destinados á morir y que deben la vida á infinitos cuidados, como la hermana Marta. En fin, como decía mi padre, tiene una cara semejante á la del cardenal Jiménez. Mi padre no siente simpatías por él y le molesta su presencia. Los modales de nuestro maestro tienen una dignidad natural que parece inquietar al duque, que no puede resistir á su lado á nadie que le sea superior. Tan pronto como mi padre sepa el español, partiremos para Madrid. Dos días después de la lección que había recibido, cuando Henarez volvió, le dije para demostrarle una especie de agradecimiento:

—Sospecho que habrá usted salido de España á causa de los acontecimientos políticos; si, como se dice, envían allá á mi padre, podremos hacer á usted algún favor y obtener su indulto, caso de que pesara sobre usted alguna condena.

—No hay nadie en el mundo que pueda hacerme esa clase de favores—me respondió.

—¡Cómo! caballero—le dije—¿habla usted por imposibilidad ó porque no quiere aceptar ninguna protección?

—Por las dos cosas—dijo inclinándose y con un acento que me impuso silencio.

La sangre de mi padre hirvió entonces en mis venas. Esta altanería me ofendió, y dejé solo al señor Henarez. Sin embargo, querida mía, no deja de haber algo de grande en eso de no querer aceptar nada de nadie. «No aceptaría ni siquiera nuestra amistad»—pensaba yo al mismo tiempo que conjugaba un verbo.—A la vez que lo pensaba, me detuve y le comuniqué en español mi preocupación. Henarez me respondió, con mucha cortesía, que en los sentimientos era necesario una igualdad que no había de encontrar y que, por lo tanto, la pregunta era inútil.

—¿Se refiere usted á la igualdad en la reciprocidad de sentimientos ó en lo que atañe á los rangos?—le pregunté para hacerle abandonar su gravedad, que me impacienta.

Volvió á levantar sus temibles ojos y yo bajé los míos. Querida, este hombre es un enigma indescifrable. Parecía preguntarme si mis palabras eran una declaración. Había en las suyas una felicidad, una arrogancia y una angustia motivada por la incertidumbre, que me oprimió el corazón. Comprendí que estas coqueterías, que se estiman en Francia en su verdadero valor, tenían una peligrosa significación tratándose de un español, y me quedé cortada. Al acabar la lección, me saludó dirigiéndome una mirada llena de humildes ruegos y que decía: «No se burle usted de un desgraciado». Este contraste súbito con sus modales graves y dignos me ha causado una viva impresión. Me parece que hay infinidad de tesoros de ternura en este hombre.

## IX

## La señora de la Estorade á Luisa de Chaulieu

Diciembre.

Todo está dicho y hecho, hijita mía: la que te escribe es ya señora de la Estorade; pero nada ha cambiado entre nosotras y lo único que ha ocurrido es que hay una soltera menos. No

tengas cuidado: he meditado mucho mi consentimiento y no lo he dado locamente. Ahora, mi vida está ya determinada. La certidumbre de ir por un camino trazado conviene igualmente á mi espíritu y á mi carácter. Una gran fuerza moral ha evitado para siempre lo que nosotras llamamos las casualidades de la vida. Tenemos tierras que mejorar y una casa que adornar y embellecer, quedame además á mí un hogar que dirigir y un hombre á quien tengo que reconciliar con la vida. En breve tendré sin duda una familia á quien cuidar é hijos á quienes educar. ¡Qué quieres! la vida ordinaria no puede ser grande ni excesiva. Ciertamente que los inmensos deseos que animan el alma y el pensamiento no entran para nada, en apariencia al menos, en estas combinaciones. No obstante, no creas que las cosas humildes á que me entrego estén exentas de pasión. La obra de hacer creer en la dicha á un pobre hombre que ha sido juguete de las tempestades, es una obra hermosa, y puede bastar para modificar la monotonía de mi existencia. Me anima el deseo de consolar al que sufre y hacer el bien. Entre nosotras, te diré que no amo á Luis de la Estorade con ese amor que hace latir nuestro corazón cuando oímos el paso del ser amado, y que nos conmueve profundamente al menor sonido de su voz ó cuando una de sus miradas de fuego nos abrasa; pero tampoco me desagrada. ¿Qué voy yo á hacer ahora, me dirás tú, de este instinto de las cosas sublimes, de esos pensamientos grandes que nos unen y que están en nosotras? Sí, á decir verdad, esto me ha preocupado. Pero ¿no es una gran cosa el ocultarlas y emplearlas, sin que nadie lo sepa, en la dicha de la familia, constituyéndolas en medios de felicidad para los seres que nos han sido confiados y á los cuales nos debemos? El tiempo en que estas facultades brillan es muy corto para las mujeres, habrá pasado muy pronto, y, si mi vida no ha sido grande, será al menos tranquila, sosegada y sin vicisitudes. Nacemos las mujeres muy favorecidas, porque podemos escoger entre el amor y la maternidad. Pues bien, yo ya he escogido: mis dioses serán mis hijos y este rincón de tierra mi Eldorado. Esto es cuanto puedo decirte hoy. Te doy las gracias por los objetos que me has enviado. No olvides mis encargos, cuya lista va adjunta. Quiero vivir en una atmósfera de lujo y elegancia, y no tener de la provincia más que lo que su vida ofrece de delicioso. Permaneciendo en la soledad, una mujer no puede ser nunca provinciana, porque sigue siendo siempre la misma. Cuento

mucho con tu amistad para que me tengas al corriente de todas las modas. Llevado de su entusiasmo, mi suegro no me niega nada, y la casa se está renovando de arriba á abajo. Hemos mandado venir obreros de París y lo modernizamos todo.

## X

## La señorita de Chaulieu á Renato de la Estorade

Enero.

¡Oh! Renato ¡qué triste me has tenido una porción de días! ¡De modo que ese cuerpo delicioso, ese hermoso y arrogante rostro, esas maneras elegantes por naturaleza, esa alma llena de preciosos dones, esos ojos donde el alma se sacia como en un vivo manantial de amor, ese corazón lleno de infinitas delicadezas, ese despejado espíritu, todas esas raras facultades, todos los esfuerzos de nuestra naturaleza y de nuestra mutua educación, esos tesoros de donde debían brotar para la pasión y el deseo riquezas únicas, horas que equivaldrían á años y placeres capaces de hacer á un hombre esclavo con un solo gracioso movimiento, todo eso va á perderse en medio del fastidio de un casamiento vulgar y común, y va á borrarse en el vacío de una vida que llegará á aburrirte! Odio de antemano á los hijos que puedas tener, los cuales serán contrahechos. Todo está previsto en tu vida; tú no tienes nada que esperar, ni que temer, ni que sufrir. ¿Y si en un día de esplendor llegas á encontrar á un ser que te despierte del sueño á que vas á entregarte? ¡Ah! al ocurrírseme esta horrible idea sentí un estremecimiento. En fin, tienes un amigo, porque sin duda vas á ser el espíritu de ese valle, y te iniciarás en sus bellezas, vivirás con esa naturaleza, te penetrarás de la grandeza de las cosas, de la lentitud con que procede la vegetación y de la rapidez con que brota el pensamiento; y, cuando contemples las gratas flores, sondarás tu alma y la compararás con ellas. Después, cuando vayas entre tu marido y tus hijos, el uno saltando, murmurando y jugando, el otro mudo y satisfecho, sé de antemano lo que vas á escribirme. Tu hermoso valle y sus colinas áridas ó repletas de hermosos árboles, la curiosa pradera de Provenza, las límpidas y claras aguas, los

diferentes matices de la luz, todo ese infinito variado por Dios, que te rodea, te recordará el monótono infinito de tu corazón. Pero, en fin, yo estaré ahí, Renato mía, y tú encontrarás una amiga cuyo corazón no se contagiara nunca con las pequeñas cosas del mundo y que será siempre todo tuyo.

Lunes.

Querida mía: Mi español es un admirable melancólico; hay en él un no sé qué de profundo, de austero y de digno que me interesa hasta más no poder. Esta solemnidad constante y el silencio que rodea á este hombre tienen algo de provocativo para el alma. Es mudo y soberbio como un rey destronado. Griffith y yo nos ocupamos de él como de un enigma. ¡Qué extravagancia! Un profesor de idiomas me llama más la atención que todos los hombres que he visto, ahora que he pasado revista á todos los hijos de familia, á todos los agregados de embajada y á los embajadores, á los generales y á los tenientes generales, á los pares de Francia, á sus hijos y á sus sobrinos, á la corte y á la ciudad. La frialdad de este hombre es irritante. El más profundo orgullo llena el desierto que procura crear y que crea entre nosotros. Además, se rodea de tinieblas. Él es el que se muestra coquetón y yo atrevida. Esta extravagancia me divierte tanto más, cuanto que no tiene consecuencias. ¿Qué es, después de todo, un hombre, un español, un maestro de idiomas? Yo no siento respeto por ninguno, aunque fuese un rey. Considero que valemus nosotras más que todos los hombres, aunque sea comparándonos con los que con justicia gozan el título de ilustres. ¡Oh! ¡cómo hubiera yo dominado á Napoleón! ¡cómo le habría hecho ver, si me hubiese amado, que estaba á mi discreción.

Ayer dirigí un epigrama al señor Henarez, que debió llegarle á lo vivo; no respondió nada: había acabado la lección, cogió el sombrero y me saludó, dirigiéndome una mirada por la que me hizo creer que no volverá más. Esto me interesa mucho: habría algo de siniestro en reanudar la *Nueva Eloisa*, de Juan Jacobo Rousseau, que acabo de leer y que me ha hecho sentir odio por el amor. El amor discutidor y charlatán me parece insupportable. Clarisa muéstrase demasiado contenta cuando ha escrito su larga cartita; pero, según me ha dicho mi padre, la obra de Richardson explica perfectamente á los

ingleses. La de Rousseau me ha hecho el efecto de un sermón filosófico en cartas.

Yo creo que el amor sea un poema completamente personal. No hay nada que no sea á la vez verdadero y falso en todo lo que los autores escriben. A decir verdad, hermosa mía, como tú no puedes hablarme más que de amor conyugal, creo yo que, para el interés de nuestra doble existencia, es necesario que yo permanezca soltera y que tenga alguna hermosa pasión para que podamos conocer bien la vida. Cuéntame con exactitud todo lo que te ocurra, sobre todo durante los primeros días, con ese animal que yo denomino marido. Si alguna vez soy amada, te prometo la misma exactitud. Adiós, pobre-cita devorada.

XI

La señora de la Estorade á Luisa de Chaulieu.

En la Crampade.

Mi querida nena: Tu español y tú me hacéis temblar. Te escribo estas pocas líneas para rogarte que le despidas. Todo lo que tú me dices es propio del carácter peligroso de esa clase de gente que, no teniendo nada que perder, lo arriesgan todo. Ese hombre no debe ser tu amante y no puede ser tu marido. Te escribiré más detalladamente sobre los acontecimientos secretos de mi matrimonio; pero lo haré cuando haya desaparecido la inquietud que me ha inspirado tu carta.

XII

La señorita de Chaulieu á la señora de la Estorade

Febrero.

Hermosa corza mía: Esta mañana, á las nueve, vinieron á decirme que me esperaba mi padre, cuando ya estaba leván-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1675 MONTERREY, MEXICO

CLARISA

tada y vestida. Lo encontré gravemente sentado en el rincón de la chimenea de mi salón, y, contra su costumbre, muy pensativo; me señaló la poltrona que había enfrente de él, yo le comprendí y me senté en ella con una gravedad que imitaba tan bien á la suya, que no pudo menos de sonreír, aunque su sonrisa denotaba profunda tristeza.

—Es usted, por lo menos, tan graciosa como su abuela—me dijo.

—Vamos, padre mío, no sea usted aquí cortesano—le respondí.—¿Tiene usted algo que pedirme?

Se puso en pie muy agitado y me habló por espacio de una hora. Querida mía, esta conversación merece ser conservada, y, tan pronto como él se marchó me puse á escribirte, procurando reproducir sus palabras. Esta fué la primera vez que he visto á mi padre desplegar todo su pensamiento. Empezó por adularme, lo cual tenía que producirme buen efecto, toda vez que siempre es agradable el verse adivinada y apreciada.

—Armanda—me dijo,—me ha engañado usted por completo al par que me ha sorprendido agradablemente. A su llegada del convento la tomé á usted por una joven como todas las demás, sin grandes alcances, ignorante, y á la que se podía comprar fácilmente con unas cuantas chucherías y joyas. En una palabra, creí que era usted de esas jóvenes que reflexionan poco.

—Gracias, padre mío.

—¡Oh! no hay gracias que valgan—dijo haciendo un gesto de hombre de Estado.—Tiene usted un talento de una extensión increíble, juzga usted todo en lo que vale, y su clarividencia es extraordinaria; es usted muy maliciosa. Cuando todo el mundo cree que usted no ha visto nada, conoce usted ya la causa de los efectos que los demás examinan. Es usted un ministro con faldas, la única que puede entenderme aquí, y á usted sola se ha de emplear contra usted misma, si se quiere obtener algún sacrificio. Así es que voy á explicarle francamente los proyectos que había formado y en los cuales persisto aún. Para que usted los adopte, úrgeme demostrarle que obedecen á miras elevadas. Me veo, pues, obligado á entrar en consideraciones políticas del mayor interés para el reino, y que sin duda aburrirían á cualquiera otra que no fuese usted. Después de haberme oído, reflexiónelo usted cuanto quiera; si es necesario, le concedo seis meses de tiempo. Es usted dueña absoluta de sus actos; y si se negase á los sacrifi-

cios que voy á pedirle, sufriré su negativa sin atormentarle nunca más.

Corza mía, ante este exordio me puse realmente seria, y le dije:

—Hable usted, padre mío.

Ahora, he aquí lo que el hombre de Estado dijo:

—Hija mía, Francia está en una situación precaria que sólo conoce el rey y algunos hombres distinguidos; pero el rey es una cabeza sin brazos, y los hombres distinguidos que están en el secreto del peligro no tienen autoridad alguna sobre los demás para llegar á un resultado feliz. Los elegidos por el pueblo no quieren ser instrumentos. Por notables que sean, continúan la obra de la destrucción social, en lugar de ayudarnos á asegurar el edificio. En una palabra, no hay más que dos partidos: el de Mario y el de Sila. Yo soy de los de Sila contra Mario. Esta es la cuestión en conjunto. En detalle, la Revolución continúa, está implantada en la ley, está escrita en el suelo y anima todos los espíritus. Es tanto más formidable, cuanto que la mayor parte de los consejeros del trono la creen vencida, porque no ven en ella ni soldados ni tesoros. El rey es un gran talento, y ve la cosa clara; pero de día en día, se va entregando á los partidarios de su hermano, que quieren ir demasiado aprisa; no le quedan dos años de vida, y el moribundo arregla ya las sábanas para morir tranquilo. ¿Sabes tú, hija mía, cuáles son los destructivos efectos de la Revolución? Nunca podrás siquiera imaginártelos. Al cortar la cabeza á Luis XVI, la Revolución cortó la cabeza á todos los padres de familia, y hoy ya no hay más que individuos. Al querer convertirse en nación, los franceses renunciaron á ser imperio. Al proclamar la igualdad de derechos á la sucesión paterna, mataron al espíritu de familia y crearon el fisco. Pero contribuyeron á la debilidad de las superioridades y á la fuerza ciega de la masa, á la extinción de las artes, al reinado del interés personal, y abrieron los caminos á la conquista. Estamos entre dos sistemas: ó constituir el estado para la familia, ó constituirlo para el interés personal: la democracia ó la aristocracia, la discusión ó la obediencia, el catolicismo ó la indiferencia religiosa; esta es la cuestión en pocas palabras. Yo pertenezco al pequeño número de los que quieren resistir á lo que se llama el pueblo. Ya no se trata aquí de derechos feudales, como se dice á los tontos, ni de hidalguía; se trata del Estado, se trata de la vida de Francia. Todo país que no